



Amapuches de Omaira y Maigualida a Arturo Sosa en el día de los empleados, 2003_Crónica Gráfica de la Provincia

Recibí un correo de mi amiga Carmencita Ferrer, en ese entonces presidenta de la Conferencia Dominicana de Religiosos y Religiosas (Condor) y madre general de las Hnas. Sanchinas, en el cual me dice: “El nuevo general de los Jesuitas, ¿acaso no fue él quien estuvo contigo en Itaici, cuando nos conocimos? Me es parecido”. No pude más que sonreírme y aclararle que era yo quien estaba con él. Luego de meses de preparación conjunta, Arturo había delegado en mi, única laica presente, la facilitación de esa Asamblea Interamericana de 2005, en la cual se definía la estrategia de los cinco años subsiguientes. Y este correo me hizo recordar que esa es y ha sido una de las apuestas de Arturo, la valoración e involucramiento de los laicos en la misión como parte del Cuerpo de la Compañía de Jesús y de la Iglesia, apuesta que tuvo y en menor grado sigue teniendo sus resistencias.

Una de sus prioridades como provincial, fue la de asumir el reto presentado en el capítulo 13 de la CG 34 en cuanto

Arturo Sosa y el laicado

Susana Ortega*

al desarrollo de una nueva concepción de la colaboración con el laicado, reto que invitaba a un nuevo modo de proceder y a la renovación personal, comunitaria e institucional de la Compañía.

Su determinación, apertura, don de escucha, calidez humana y capacidad de convocatoria para el discernimiento apostólico y la toma de decisiones compartidas se hizo evidente en la formulación y puesta en práctica del Plan Apostólico de la Provincia (PAPV). En este proceso se nos abrieron a los laicos espacios de participación en encuentros reservados solo para los jesuitas, en los cuales poco a poco se fue dando y prevaleciendo una comunicación de franca apertura y compromiso mutuo.

Arturo promovió y facilitó que laicos y jesuitas fuéramos conjuntamente evaluando, aprendiendo y desaprendiendo en ese laboratorio de colaboración en acción. Y fue la misma experiencia con sus bemoles, la que nos fue dando luces hacia un nuevo modo de proceder y de relacionarnos, que se fue traduciendo en un mayor sentido de familia y de pertenencia a un mismo cuerpo con una misión compartida, con la cual los laicos nos sentimos corresponsables y comprometidos.

En la 4^o opción del PAPV se propone al laico como actor e interlocutor válido. Fueron muchas las jornadas de trabajo dedicadas a formular los aspectos esenciales de la identidad laical y a avanzar en la propuesta de nuestra incorporación y fortalecimiento del Sujeto del Plan Apostólico. Los frutos del trabajo fueron socializados en la Provincia y llevados al Seminario de la CPAL “Colaboración entre Jesuitas y Laicos en la Misión”, realizado en Río de Janeiro en octubre de 2003.

Arturo incluso llegó a plantearle al padre general que permitiera a un grupo de laicos expresarse en cuanto a la elección

Arturo consulta y sabe confiar en el conocimiento experto y experiencia de los laicos, lo cual le da una mayor perspectiva y criterios, en el pensamiento estratégico y en la toma de decisiones. Su calor humano, buen humor y capacidad de relacionarse nos hace sentir cómodos, cercanos, valorados y con ánimos de colaborar.

del nuevo provincial; él sentía que nosotros teníamos mucho que aportar y creo que fuimos pioneros. Y como anecdótico, el sucesor de Arturo Sosa fue él mismo.

Otra de sus prioridades de la cual nos hizo partícipes fue el discernir sobre cómo atender al reto de la Compañía de Jesús para dar respuestas globales efectivas a problemáticas universales, sobre todo cuando la Compañía contaba con la ventaja comparativa de tener presencia en casi todo el mundo. Se constataba una suerte de camisa de fuerza organizacional por su estructura territorial y sectorial, que les auto limitaba los ámbitos de acción y su capacidad de dar respuestas más articuladas e integrales. El mismo P. Arrupe ya había expresado e insistido en la necesidad de flexibilizar las estructuras; a él le preocupaba que la separación en provincias y sectores podía ocasionar brechas en una labor común.

Arturo nos consultó sobre experiencias de evolución organizacional de otros ámbitos de los cuales se pudieran transferir aprendizajes a la Compañía de Jesús y a la Iglesia. Y del discernimiento de estas experiencias se fueron tomando elementos y criterios de diseño que le dieron forma a la propuesta de red de redes, con una estructura más articulada, dinámica y flexible, que propicia una mayor sinergia y capacidad de respuesta a los retos cada vez más amplios y cambiantes del entorno.

Sostuvimos varias jornadas de trabajo en las que había una participación equitativa de jesuitas y laicos para socializar los procesos de organización de la Provincia en redes, analizar las funciones de un Equipo Coordinador de la Provincia y vislumbrar alianzas entre obras, programas y proyectos apostólicos.

Luego, en marzo de 2003, se dio el II Encuentro de la Red por la Justicia y la Paz, del cual surgió una primera formulación de la misión y visión de la red que enlazaría los aspectos sociales, culturales, económicos y políticos de la misión de la Provincia.

El estilo de gestión de Arturo se caracteriza por ser muy participativo. Como Arrupe, recurre frecuentemente al discernimiento apostólico y al trabajo en equipo. Como provincial se hizo acompañar de un “equipo animador” de seis jesuitas y tres laicos que nos reuníamos semanalmente en la Curia para impulsar y hacerle seguimiento a la implantación del PAPV y a la reorganización en red de redes.

En algunas ocasiones fuimos también su caja de resonancia. Nos cambiaba la agenda cuando quería consultar otros temas, como fue en su momento el de la conformación de la CPAL. La necesidad de en-redarse estaba tomando otras dimensiones.

Otra de sus cualidades era su capacidad de delegación. Nos encomendó la misión de crear el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) en Venezuela a un equipo de tres laicos y dos jesuitas, uno de esos laicos es el jesuita que hoy la dirige. En la actualidad el SJR acompaña, sirve y defiende a víctimas del conflicto armado de la frontera con Colombia en el Alto Apure, Táchira y Zulia y forma parte de la Red Apostólica Interprovincial Fronteriza (RAIF).

Arturo consulta y sabe confiar en el conocimiento experto y experiencia de los laicos, lo cual le da una mayor perspectiva y criterios, en el pensamiento estratégico y en la toma de decisiones. Su calor humano, buen humor y capacidad de relacionarse nos hace sentir cómodos, cercanos, valorados y con ánimos de colaborar. Parte de nuestra dificultad a veces ha sido seguirle el ritmo, es exigente consigo mismo y con los demás.

Fueron muchos los momentos de compartir de laicos y jesuitas que propició más allá del discernimiento. Vivimos momentos de ejercicios espirituales, de oración y recogimiento y de celebraciones de la Eucaristía. Arturo es una persona profundamente espiritual y trabajar junto a él nos permitía comprender lo que implica vivir el carisma de “ser contemplativos en la acción” y orientar todas nuestras acciones al servicio de la fe y promoción de la justicia.

Me dio mucha alegría su elección como padre general de la Compañía de Jesús y me da mucha esperanza el ánimo con que asume su compromiso al expresar en su primera homilía:

Si nuestra fe es como la de María, madre de Jesús y madre de la Compañía de Jesús, nuestra audacia puede ir aún más allá y buscar no solo lo improbable, sino lo imposible, porque para Dios nada es imposible.

Que Dios le siga llenando de bendiciones e ilumine su caminar en esta nueva misión.

*Miembro de la Comisión de Seguimiento del Plan Apostólico Común.